

LIV.

LA CONVENCION.

¡Querrásme decir, Damon
(Ya conoces mi ignorancia),
Qué quisicosa es en Francia
Lo que llaman *convencion*?
De sus sabios la opinion
Es que la comunidad
Forma civil sociedad
Cuando, *convencidos* todos
En las cosas y en los modos,
Reina la unanimidad.
Allí se infaman, se ultrajan,
Se calumnian, se acriminan,
Se destruyen, se asesinan,
Hienden, hunden, cortan, rajan,
Leyes y cultos barajan
Discordes, con furia impla;
Dime, ¿en la filosofía
(Pues yo la ignoro, Damon),
La palabra *convencion*
Indica *piratería*?

LV.

GLORIA PÓSTUMA DE BRISSOT.

Refiere, Gil, la gaceta
Que Brissot el charlatan
No comerá ya más pan.
Oye, que es linda historietta:
Refiérenos, pues, hermano,
Que este pobre botarate
A costa de su gacete
Quiso ser republicano.
Refiere también, Gil mio,
Que cuando un rey le mandaba,
Vida y libertad gozaba.....
Fue bobo el rey, yo lo fio.
Dice más: dice que el tal
Brutísimo bachiller
Quiso gustar del placer
De trocar el bien por mal.
Dice otros: que de un trono
Trastornó las santas leyes,
Y blasfemó de los reyes
El tal brutísimo mono.
Una república luego
Diz que fundó su asnedad
Por gozar de libertad,
De igualdad y de sosiego.
Su república bendita,
Para premiarle el trabajo,
Le rebanó, zas, de un tajo
La chola, y no está contrita.
Ahora dime, Gil honrado,
¿No fue extraña habilidad
El fundar la libertad
Para morir degollado?

LVI.

Ines y Gil concertaron
El juntarse en casamiento,
Y de los dos el intento
En los templos pregonaron.
Pobre Gil, un sacrificio
Hoy en tu persona pasa:
Quien con pregonos se casa,
¿Dónde va, sino al suplicio?

LVII.

Antes que nadie las vea,
Sus obras á Gil dan gusto:
No privarle dél es justo;
Dejémosle que él las lea.

LVIII.

Cuando te nace un hijo
Tú te alegras, Anton, y yo me adijo.

Tú, muy celoso de tu raza, quieres
De tí dejar memoria, ya que mueres.
Cuánto mejor para tu nombre fuera
Que contigo tu raza pereciera!

LIX.

Ansiosa por hijos Ana,
Porque es mayorazga rica,
A san Antonio suplica
Que se le cumpla la gana.
Ved un raro testimonio
De devocion singular:
Pídele a! señor san Antonio
Lo que el marido ha de dar.

LX.

DIÁLOGO ENTRE EL POETA Y SU MUJER.

POETA. Feo soy, pero bonita
El alma, hija mia, tengo.
Que ha de gustarte prevengo;
Que un alma es cosa exquisita.
MUJER. ¡Ay, Juan! no lo ignoro, no;
Pero en las horas no cuerdas
Tú de mi cuerpo te acuerdas,
De tu alma me olvidó yo.
POETA. Siento, niña, tu disgusto,
Y aun yo disgustado quedo.
MUJER. Juanito, no tengas miedo;
Que el gusto malo es mi gusto.

LXI.

No seas tonto, Gil: en tu aldehueta
Cultiva en paz groseros alcorcoques,
Y más que los de acá te darán fruto.
Mas, pues quieres entrar en nueva escuela,
Antes que el grano de la corte toques,
Sé bellaco; no importa que seas bruto.

LXII.

EPITAFIO BURLESCO.

Esta breve pizarra en hoyo poco
Albo esqueleto encierra,
No de varon que, armado de diamante,
En mortifera guerra
Apresuró el imperio de la muerte
Del Tajo al Orinoco,
Porque supo matar, nombre triunfante
Del tiempo y del olvido.
Ni yace aquí, á basura reducido,
El encanto de amor, la rosa, el oro
Que en lascivo cabello
Almas aprisionó con lazo fuerte,
Y á quien rindieron el cantivo cuello,
Por antojo de fácil hermosura,
La verdad y justicia,
Avasallando su inclito decoro
De una ramera al imperioso ceño.
Ni aquí la sombra obscura
Ennegrece los huesos formidables
De un animado lodo,
Para cuya codicia,
Segun creyera su insaciable dueño,
Se creó el universo todo, todo,
Y quiso Dios que fuesen miserables,
En obsequio de un fatuo prepotente,
Los animales que se llaman hombres.
Ni sella (no te asombres)
Esta losa á un devoto, que cantando
Himnos al Hacedor en compungido
Tono y clamor doliente,
Pálido, cabizbajo y penitente
Dejaba el templo, y sus diueros sacres
Derramaba en profanos simulacros,
Mientras el pobre transido

FRAGMENTOS.

Entre los borradores autógrafos de FORNER hallamos muchas composiciones poéticas incompletas, otras meramente empezadas, y también pensamientos sueltos trasladados al papel apresuradamente, sin lima y como en embrión. De estos fragmentos juzgamos que merecen ser conservados los siguientes:

FRAGMENTO PRIMERO.

FORNER tenía poquísima afición á las doctrinas de los filósofos franceses del siglo XVIII. Para combatirlos, como doctrinas perturbadoras, ideó un poema satírico en verso y prosa, del cual sólo encontramos entre sus papeles lo siguiente:

PLAN GENERAL DEL POEMA.

«Se ha de describir una sociedad pura y virtuosa, dirigida por las luces de su razón. Cómo establecieron leyes reciprocas, una religion, etc. Arriban despues á ella varios filósofos y sabios, que van desterrados en una nave, creyéndola, en efecto, isla desierta. Los dejan en ella, entran, conocen aquella sociedad, empiezan á introducir en ella los filósofos sus sistemas, los juristas sus enredos, etc., y la hacen discorde é infeliz.»

POEMA.

Allá en la edad que recibió del oro
El título halagüeno en tiempo cnaudo
Fue más escndriñado su tesoro;
En aquel bello siglo, en que matando
Los hombres á los hombres que podian
Con libre imperio y voluntario mando,
Sus leyes naturales mantenian
(Segun Hobbes lo vió), y en robo y muertes,
Estado entónces natural, vivian.
Cuando privilegiaba á los más fuertes
La corrupta despues naturaleza,
Y en la rapiña colocó sus suertes;
O cuando manteniendo la entereza
Que á un racional compete, conservaba
De bruto la ignorancia y la fiera;
Y siendo racional no razonaba,
Y con entendimiento no entendia,
Que así su sér el hombre ejercitaba.
(Rousseau lo afirma, que lo vió, á fe mia,
Y trató á dos salvajes que le hablaron,
Aunque él dice que nadie hablar sabia).
Entónces, pues, porque ocasion hallaron,
Dos brutos de dos piés, sin plumas ni alas,
A una desierta isla se pasaron.
Si arribaron por puertos ó por calas
No lo dice la historia: sólo expresa
Que eran hombre y mujer, dos bestias malas.
Jóven él, y ella jóven y traviesa,
Considere el lector cándido y pio,
Solos qué harán allí, si no le pesa.
Deliciosa mansion: bosque sombrío,
Sabrosas frutas, rústicas y sanas;
Limpios arroyos, sosegado rio;
Suelo exento de fieras inhumanas,
Temple benigno y despejado cielo,
Tierras del robo y la maldad lejanas;
Dieran, si no ambicion, gusto y consuelo
A cualquier poderoso derribado,
Cuanto más á salvajes sin recelo.

En fin, ó por antojo, ó por necesidad, nuestras dos bestias racionales pasaron á la isla, y habiéndola registrado bien, y reconociéndola muy á propósito para pasar la vida, no sólo con comodidad, pero con profusion salvaje, la eligieron en su pensamiento por morada y habitacion perpétua, suya y de la dilatada posteridad que se prometian.—Es de saber, ante todas cosas, que en aquel siglo, que cayó en tiempos muy anteriores á la creacion del mundo, segun los cómputos del

Recibia á sus puertas
(A la ambicion y al aparato abiertas)
Vil ochavillo ó tísica piltrafa:
En fin, no aquí la estafa
Yace disuelta en polvo y podredumbre,
Ni la ambicion impia,
Congoja y pesadumbre
Del humano linaje; ni es ya fria
Ceniza en esta huesa
La linajuda vanidad de un necio
Que en la ajena virtud puso su precio,
Y siendo abominable
De todo vicio escandalosa presa,
Se juzgó ente sublime y adorable,
Porque serie de culpas conocidas
Del mundo le arrojaron,
No locos devaneos que llenaron
Las regiones del orbe divididas,
De terror con el oro ó con el hierro.

Aquí descansa, oh caminante, un perro
De quien jamas el mundo tuvo quejas.
Defendió de los lobos las ovejas
Con robusto vigor y ágiles zancas.
Sus dientes y carlanecas
Fueron defensa al tímido rebaño,
Y atronando los vagos horizontes
Con fiel ladrido en las nocturnas horas,
Ahuyentó de los montes
Las bestias carniceras,
Y los hombres, más fieros que las fieras.
Hizo bien á su grey, á nadie dañó
Con intento maligno.
Agradeció leal parco sustento,
Y vigilante, á su deber atento,
No á ambicion, no á interes, no á gloria vana,
No á delicia liviana,
Se ajustó, mas á sola la obediencia
De obrar cual le dictó la Providencia.
Bien tan gran perro de epitafio es digno,
Y si no lo confiesas, caminante,
Búscales entre los héroes semejante.

LXIII.

Que no soy hombre de bien
Dices; y si bien se alcanza
Que es gracejo de la chanza,
Por cierto tu dicho ten.
De la risible fortuna
Nunca á mí la dicha llega;
A mi austeridad la niega,
Porque jamas la importuna.
No adulo, y siento el poder
Lo fuerte de mi entereza:
Por ser firme mi cabeza,
Cerca está de no lo ser.
No vendo por precio ruin
La eternidad de mi mente:
Si el premio busca al que miente,
Soy grande picaro en fin.
Los premios que animan, verlos
Para otros, nunca me apocan;
Y, pues á mí no me tocan,
No debo de merecerlos.
Trabajo de noche y dia
En el comun beneficio:
Tan descabellado vicio
Debe infamarme á fe mia.
El premio y merecimiento
Reciprocos deben ser;
Y pues me olvida el poder,
Que soy picaro consiento.
El ocio y vicio se ven
Ensalzados; yo vacio:
Para esta edad, Fabio mio,
Yo no soy hombre de bien.

exactísimo cronógrafo Voltaire, los animales que se llaman hombres, no tenían todavía conocimiento ni uso del lenguaje. Gravísimos filósofos lo dicen así, y pues lo dicen, sabido se lo tendrán; empero los dos héroes de nuestra historia lograron (no sé cómo) la rara felicidad de leer la segunda parte del *Ensayo sobre los conocimientos humanos*, del señor abate de Condillac; y brindados con la excelencia de un sistema tan prodigioso, procuraron reducir á práctica las observaciones del *monsieur l'Abbé*, y se salieron con crear un idioma tan claro, fecundo y expresivo, que rieme de la algarrabía de Babel y del Diccionario de la Academia.—El lector (ya le veo venir) me hace aquí mil reconvencciones, y yo estoy de humor de satisfacerlas. Me pregunta primeramente que de dónde les viene á aquellos gravísimos filósofos el saber que los hombres fueron brutos en los tiempos de antaño, siendo así que no nos exhiben el privilegio de adivinar que debe de haberseles concedido. A esta pregunta digo que todo filósofo (especialmente si es de nuestro felicísimo siglo) debe ser creído sobre su palabra; y es temeridad sumamente criminal pedirle razón de sus decisiones. Todo ha sido, es y será como ellos lo dicen, lo quieren y lo des....

FRAGMENTO II.

LA CALLE DE LA REINA.

Octavas.

Donde en mansa corriente al sacro río
Que sus limpias arenas mezcla al oro,
Humilde besa el alto señorío
Del moro hispano en natural decoro;
Allí donde con doble poderío,
Añadido un tesoro á otro tesoro,
Despliega su vigor naturaleza,
Y brilla de dos mundos la riqueza;
Dilatada se ve calle frondosa
De anciana majestad, bella y sombría,
Que al frícto vergel sirve pomposa
De verde umbral con docta simetría.
Jamás del sol la fuerza luminosa
Pudo vencer su espesa lozania;
Dora las copas su encendido rayo,
Y en el centro se goza su desmayo.
Silba suave el cefirillo tierno,
Que retoza en las hojas blandamente;
Y eterno Mayo con placer eterno
En su aliento agradable el alma siente;
La rigidez del aterido invierno,
O la siente templada, ó no la siente;
Allí seató la alegre primavera
De sus delicias la atención primera.
Los dulces pajarillos revolando
Fugitivos retozan por el viento;
Al són canoro del festivo bando
Responde el aura con susurro lento;
Y ronco allá á lo léjos resonando
Quebrado el río en curso más violento,
Su són mezcla al del aura y de las aves,
Que mezclados resultan más suaves.
Allí tiene su trono, allí su imperio,
La madre del amor, Venus divina,
La que en no resistido cautiverio
Más se idolatra cuanto más domina.
Allí al culto feliz de su misterio
Todo mortal el corazón inclina;
Que ella, encubierta entre las altas copas,
Vierte su ardor en las incautas tropas.
Y allí volando el juguetón Cupido,
Riendo el traídorello de su juego,
En fulminar sus rayos divertido,
Los pechos llena de inflamado fuego.
De ninfas mil el escuadrón lucido
Le acompaña al fatal desasosiego;
El las enseña á manejar sus risas,

Y ellas le son allí sacerdotisas.
Ya cuando el sol en esplendor remiso
Su carroza declina al Occidente,
Y con rayo á dos luces indeciso
Ilumina la calle opacamente,
Con pié veloz, al delicioso piso
Corre animosa la mezclada gente,
Y en varios modos y en aspectos varios
Todos van de Cupido tributarios.
¡Oh! ¡cuánto brio en su despejo airoso
Ostenta el sexo á quien el hombre adora!
Y ¡oh! ¡cuánto en su donaire bullicioso
Brilla de amor la gracia encantadora!
¡Oh mujer! ¡oh embeleso poderoso,
Que en sí todos los gustos atesora!
¡Por qué, tal vez, con bárbaro delirio
Tu gloria nos conviertes en martirio!

FRAGMENTO III.

LA PEDANTAJADA.

El vate excelso en cuya voz divina
Del sacro Olimpo el soberano coro
La fuerza puso que á adorarle inclina,
Dando á su plectro el resonar sonoro;
Aquel que vió de Túnez la ruina
Con el César feliz, pavor del moro,
Cuya gloria, que tanto le animaba,
Con la espada y la pluma duplicaba.
Emulo blando del cantor de Delo,
Cuando en números tristes, inmortales,
Llevó su llanto hasta el suspenso cielo,
Honores de su Elisa funerales;
El que del Tajo el desatado hielo
Aumentaba dulcísimo en sus males,
Y dió á su Iberia en juveniles años
La envidia y el terror de los extraños.

En una palabra, el blando, el amoroso, el ameno, el elegante Garcilaso se me apareció, yo no sé cómo, no há muchos días, y me dijo que era preciso me fuese con él á la república de los poetas. «Iré, señor (le repliqué yo): ¡república de poetas! ¡irémos sin duda á observar un gobierno admirable! Pero, en fin, ¿á qué efecto un viaje tan poco útil y tan expuesto?»

Al país de los poetas,
Señor García el gentil,
Sólo van los que pretenden
Ser mofa de su país.
Copleros desatinados
Hallaréis doscientos mil,
Con quien la bárbara turba
Confunde el genio feliz.
La general ignorancia
El mismo precio da así
A la epopeya de un Lope
Que al romance de un Moncín (1).
La ciencia todo lo aclara;
Pero las ciencias aquí
Sólo entienden que trafican,
Sujetas al precio vil.
Cada sabio sabe sólo
Cómo conviene exprimir
A un miserable doliente
O á un litigante infeliz.
Entre tanto los Virgilio,
O yacen en su confin,
O por no morir de hambrientos,
Su nimen ahogan en sí.

«Vos amigo (me dijo Garcilaso), si no ahogáis esa mordacidad maldita que se os viene como á la mano, sin querer ser poeta, seréis miserable. La buena sátira, donde triunfa el pedantismo, no hace más que hacer memorable por la persecucion al que la ejercita. Dáos pacíficamente á las ganancias de vuestra profesion, y

(1) Autor dramático del siglo XVIII, tan fecundo como infeliz.

FRAGMENTO IV.

EL MORION (2).

La rabia canto del varon famoso
Que á Mantua un tiempo copleando vino,
Hueco en cabeza, en cuerpo proceroso (3).
En versos rana, en ciencia Calepino.
Fiero espíritu, horrendo y tenebroso,
Por quien el genio hinchado gongorino
Renació ufano, con deseo ardiente
De aniquilar á Apolo brevemente.
Musas, huid, que el fantasma terrible,
Por deidad infernal sólo inspirado,
Rabias vomita con aspecto horrible
Cuando oye vuestro acento regalado.
De la cítara docta el apacible
Sonido, á asuntos dignos consagrado,
No aquí se escuche lisonjero, en tanto
Que el hinchado *Morion* suena en mi canto.
Tú sola, tú, Locura, nimen solo
Que en su cerebro turbulento inspiras;
Tú, diosa de este y del puesto polo,
Si bien no enciendan á tu culto piras,
Pues eres de *Morion* único Apolo,
Y es el héroe en quien pones más tus miras,
Préstame tu favor siquiera un rato,
Y aplauda la demencia á un mentecato.
Era del año la estación florida,
Que en vario esmalte y gracia lisonjera,
De flores y de pámpanos ceñida

FRAGMENTO V.

(DE UNA SÁTIRA.)

O el nombre cumple, Babio, ó deja el nombre
Que con vana apariencia
Robas á la veraz filosofía.
¡Qué importará la ciencia
En el fecundo labio, si á porfía
No te acreditan hombre
Pasiones grandes que en afán violento
A sí arrastran tu flaco pensamiento?
¡Oh, qué dura experiencia!
(Dices si á Aristo en antesala impia
Ves negociar con la paciencia un puesto),
¡Yo adular al poder! ¡yo su indigesto
Ceño sufrir, los dones humillando
De la esencia inmortal que en mí se hospeda,
A un necio venturoso que burlando
Puso en alto la pérdida fortuna?
Y en tanto en veloz rueda
Pasa Seyano entre molduras de oro,
Y con prisa importuna
Sumisiones tu pecho menudea,
Ansiando ciegamente que las vea....

FRAGMENTO VI.

Deliciosa mansion, bosque sombrío,
Que mece blando el cé ro sonoro,
Los ambáres que espiras derramando;
Y retratado en el ondoso río
Que sus limpias arenas mezcla al oro
Vas tus pomposas ramas duplicando.
A la sombra cantando
De tu verdor eterno,
Un pastorcillo tierno
Enmudeció de las cantoras aves
Los acentos suaves
Con dulce són de su dichosa suerte,
Que ya de penas graves
Libré respira, y triunfa de la muerte.

relos de los hombres, que, á la verdad, son bien dignos de risa.» Con esto, que quieras que no quieras, me hizo tomar el camino.

No he andado yo ninguno más áspero ni más peligroso, siendo así que anduve algunos de España, allá cuando tenía precision de ir á aprender á gritar á las universidades. ¡Quién habia de esperar no pisar más que abrojos y quiebras ásperas en el camino de la poesía? Esto seguramente no lo creará la turba de los copleadores: sería de desear que entrasen en el camino para que lo creyesen. Tal vez entónces

Su locura conocieran
Con discrecion obediente;
Y cantáran solamente
Los que cantar merecieran.

«Eso es cierto, dijo Garcilaso. La naturaleza, el arte y la sabiduría son el camino real de los grandes poetas.

»Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad á la alta cumbre,
Do nunca arriba quien de aquí declina.

»Y por esta regla, vuestros poetas presentes no deben de ser muy aficionados á la inmortalidad. ¡Quién diablos les ha metido en la cabeza que el flujo de consonante y encadenar silabas es bastante para escribir versos!—¡Oh! ¡oh! ése es demasiado rigor, señor mio (le repliqué yo). ¡Qué han de hacer los pobretes, si no se les alcanza otra cosa? ¡Os parece que perderia poco entretenimiento la nacion si se le prohibiera escribir versos de garapiña, con el título altisonante de *oda pindárica*, á Nifo, estupenda fábrica de sus apóstrofes, y á Valladares el formidable parto de sus monstri-comedias? No todo puede ser igualmente bueno en una república, y en la de las letras debe de estar decretado, para que la mayor parte de los individuos sea la peor.»

A poco trecho nos salieron al paso las ciencias, presididas del genio.—¡Qué gente es ésta? (pregunté yo, desconociéndolas).—¡Ahora estamos ahí! (repliqué Garcilaso). ¡No conoces las ciencias, y te atreves á escribir versos!—¡Bella rapazada! (repuse yo). ¡Qué tiene que ver la poesia de vuestro siglo con la de ahora? Vosotros para escribir seis versucillos muy redondeados y muy atusados y muy miraditos en el concepto, en la sentencia y en la propiedad, tentáis la majadería de derretiros ántes los sesos en las artes filosóficas, en la erudicion y en todo género de sabiduría, como si para encadenar silabas fuese menester acaso el candil de Epicteto. Tras esto, con daca Aristóteles, y torna Aristóteles, andábais siempre como albañil con plomada, midiendo los géneros de las obras; y con esta locucion no es poética, este pensamiento es bajo, aquél es hinchado, el otro vano y sofisticado; tal epíteto viene bien, este pasaje está débil, la égloga se ha de hacer así, la epopeya así, y otras sandeces de igual calibre, os rompiais la cabeza para evitar locuras; siendo así que el oficio del poeta es enloquecer y decir en el fuego del entusiasmo cuantos delirios se le vengan á la mollera. Aristóteles (si creemos á los enormes sabios de nuestros siglos) fué un pobre ignorante; y basta que lo diga cualquiera sábelo-todo moderno para que lo creamos, porque ya, gracias á Dios, estamos en el felicísimo siglo en que todos hablan como oráculos, y se les ha de creer por su linda cara cuantas majaderías tienen á bien vendernos con el tremendo nombre de filosofía. ¡Su poética! ¡Qué necesidad tiene de ella el gran *Micrófilo*!» (1).

(1) Trigueros.

(2) No hemos encontrado entre los papeles de FORNER más que este trozo de *El Morion*, poema burlesco, que escribió contra Huerta. Tal vez rasgaría el borrador el autor mismo, como hizo Moratin con su *Huertedia*.

(3) Proceroso, lozano, vigoroso.

Todo abismado en soledad amena,
Goza de su deleite y su frescura,
Y del vario matiz que la colora;
Entre las altas copas ve serena
En retazos azules la luz pura
Del alto cielo, que sencillo adora;
La copia que atesora

A ti, Bétis, suave, sosegado,
De fructífera pompa coronado,
Consagra alegre las serenas luces
De la encantada y dulce primavera,
Y en el vago horizonte
De tu opulenta orilla,
No los cargados leños que conduces
Al muelle codicioso
Regocijado espera;
Ni al lejano monte
Que en auríferas venas rico brilla
El despojo precioso.

FRAGMENTO VII.

EPÍSTOLA.

A MIRTILLO (1).

¿Que replique, Mirtilo, me aconsejas
De Morion (2) á la hinchada algarabía
Martirio de lectores y de orejas?
¿Tanto te pesa la ventura mia,
Que así tu enojo de mi musa santa
Y de su dulce culto me desvia,
Y porque el fiero *Prólogo* (3) te espanta,
En mi tu pena trasladar pretendes,
Pidiendo que devore sandez tanta?
Tu amor injurias y mi juicio ofendes;
Que á inmortales congojas me convida
Esa lucha fatal á que me enciendes.
Númida airado ó sármata homicida
Esperará sangriento mi combate,
Si no le es cara á tu amistad mi vida,
Antes que, opuesto á tanto disparate,
Su honor defendiendo á la española musa,
Ni tan áspero celo me arrebaté.
El ocio grato que el rumor me excusa
De airada turba que en el seso tiene,
Si no el saber, la vanidad infusa,
En tareas pacíficas detiene
Al genio, no sin tiempo escarmentado,
Que á empresas más seguras se previene;
Viva (¿qué importa!) el escuadrón hinchado,
Que inspira angusta la divina Moria,
Contra la sana mente conjurado,
Si hay quien coloca en la sandez su gloria,
¿Para qué perturbarle en su ventura!

FRAGMENTO VIII.

EPÍSTOLA.

Señor don Juan, no siempre el docto Apolo
Su ciencia esconde en el prudente pecho,
Ni sabio quiere ser para sí solo.
El río que entre márgenes va estrecho
Cuando ya con las nieves desatadas
Camina más henchido y satisfecho,
Ocupando las vegas dilatadas,
Las hierbas y las flores humedece,
Que antes de humano pié fueron pisadas.
¿Que aprovecha el saber, si cuando crece
La ciencia, su virtud no comunica,
Y sola en su retiro resplandece?
Sus letras, no su gloria, multiplica

(1) Don Martín Fernández Navarrete.
(2) Huerta.
(3) *Prólogo del Teatro español*, publicado por Huerta.

El que aprende y no enseña, el que ya sabio
Su saber al ajeno no dedica.

De los gloriosos nombres el resabio
Que conserva oficiosa la memoria,
No ménos que á sus hechos, á su labio
Debe el discurso de la eterna historia,
Que nos mueve á emular con su noticia
De los hombres pasados la alta gloria.

El jóven que su hacienda desperdicia,
Pródigo de los bienes que ha debido
Al paterno desvelo ó injusticia;
La venal hermosura que al perdido
Cuidado de dos mil que arden por ella,
Si ya no entrega el cuerpo, da el oído;
El fino cortesano que atropella
La verdad por lograr sus esperanzas,
Y en el vil adular pone su estrella;

El que viendo en la playa las bonanzas,
Arroja su ambicion entre los mares,
Negado á lo que amagan sus mudanzas;
Que éstos, sin atender los ejemplares
De los que hallaron venturoso el vicio,
En número y en suerte singulares;
Que éstos, digo, templando el desperdicio
Con la opuesta virtud, escasamente
Den lo que no redunde en beneficio,

Justo será, no sólo conveniente;
Mas la ciencia, señor, ¿quién della avaro
Será sin que la fama le escarmiente?
Ea, provído ahuyente el juicio claro
De sí la repugnancia que le enfrena
Y con la utilidad venza el reparo.
Cobardemente á la prision condena
Del olvido sus partos más dichosos
La encendida razon que los ordena.

No para caducar, los prodigiosos
Vuelos induce el inflamado genio,
Ni así viven talentos generosos.
Que si, á despecho del favor cilenio,
Sordo se opone á la valiente empresa
Del bando modernal lánguido ingenio,
Jamás hizo en la garza el ganso presa,
Ni al flemático bucy, de juicio lleno,
La mosca del timon pudo dar priesa.

Dura constante en su poder sereno
De la razon el inmortal semblante,
De sombras libre y de temor ajeno;
Que en su ara, sustentada de diamante,
Así admite del sabio la alabanza
Como burla la envidia del pedante.
Fuera ya disculpable la tardanza,
Si el delito de ser grande poeta
Hubiera de cortar vuestra esperanza.
No sabeis vos, amigo, cuánto inquieta
A un poderoso.....

FRAGMENTO IX.

CONTRA LA FALSA SABIDURÍA.

Sátira 1.^a de un filósofo solitario.

Ejemplo ingrato á tu prudencia ofrezco,
Floro, y no me lo oculta tu franqueza:
Tan gran favor á tu amistad merezco.

¿Teneis ya más segura la cabeza?
Me dices: ¿ó eficaces los bahidos
No permiten alivio á la tristeza?

¿Os suenan ya á ladridos los ladridos?
¿No os dan enojo solitarios cerros,
Techos de paja en troncos sostenidos?

¿Oh, qué blanda armonía cien cencerros
Os harán en las horas del reposo,
Lúgubres bubos, importunos perros!

El paso de la noche perezosa,
Los disgustos del día propagando,
Os hará con vos mismo lastimoso.

La aurora no su nácar despegando,
Mas opaco esplendor y macilento,
Melancólicos soles anunciando,

Agravará el enojo al pensamiento,
El cual si busca objeto que le anime,
Hallará un cerdo torpe ó vil jumento,

¿Quién será el que esta suerte no lastime?
La piedad torna luego á su ejercicio
Y hace que vuestro intento desestime.

Venero ¡oh Floro! tu admirable juicio;
Te criaste en la córte, no es extraño
Que obre en tu labio la razon su oficio.

Quien bebió en ella el servicial engaño,
Que con voz de sirena lazos tiende,
El daño labra, desmintiendo el daño.

Si en ella á veces la equidad se vende,
Y en traje de curiales mil bandidos
Roban al que sus máquinas no entiende;

Si en calles y plazuelas repartidos,
Andan á una agentes, delatores,
Rameras, escritores y maridos;

Lunares tan menudos con mayores
Virtudes recompensan mercaderes
Que altares hacen ya sus mostradores.

Venerado entre cintas y alfileres,
¿No allí preside un santo milagroso,
Convidando á rezar á las mujeres?

Templo es ya cada tienda, con piadoso
Tráfico ya se roba y se perjura,
¿Efecto de virtud bien portentoso!

Así el cielo un logrero se asegura;
¿Qué importa que en los hurtos se ejercite,
Si á Dios sirve alumbrando á una pintura?

Mas, pues lo debo á tu amistad, permite,
Permite, Floro,.....

Hé aquí los frutos del estudio largo:
Débil salud, pobreza vinculada,
Gusto ninguno, y cuando alguno, amargo.

¿Qué estrella miserable y desastrada
De la barbarie me negó el camino,
Cuando en mi la razon tuvo su entrada?

¿Por qué á la ciencia me inclinó el destino,
Si en llanto eterno la verdad suspira,
Y siempre logra más el más pollino?

Indocto en dar asiento á la mentira,
Mi labio en una patria de embusteros,
No bien habla, ya dicen que delira.

¿Qué discursos tan frívolos y austeros!
Dicen si de Dios nuestro la existencia,
Y al hombre sus oficios verdaderos.

Ya se ve: donde es vana la conciencia,
Y no son sus preceptos conocidos,
¿Qué utilidad producirá tal ciencia?

¿Religion? gran vocablo: compungidos
Mil devotos, besando el pavimento,
Las basilicas hincan de gemidos.

Y cuando espero dellos un portento
Que avergüence á la incrédula caterva
Y de su fe levante el fundamento,

Con gesto ardiente y pertinacia acerba
Vuelos perjurando á grandes gritos,
Y acumulando usuras sin reserva.

Quizá ya no se oponen los delitos
Al servicio de Dios, y tal vez éste
Pide en la religion sólo los ritos.

Si no, ¿cómo es posible que se acueste
En paz, porque una súplica murmura
Un juez de su república la peste?

Así un logrero suspender procura
Los rayos del Criador: dos velas bastan;
¿Roba? para eso alumbrá á una pintura.....

CARTA DEL TONTO DE LA DUQUESA DE ALBA
A UN AMIGO SUYO DE AMÉRICA (1).

Amigo mio: Puede usted dar infinitas gracias á Dios
de hallarse en el otro mundo, porque así ha tenido la
no corta suerte de librarse del granizo enorme de co-

(1) FORNER, mozo todavía, escribió esta y otras sátiras contra el
enjambre de malos poetas que celebraron indignamente el bom-
bardeo de Argel, la paz con Inglaterra y el nacimiento de los
infantes gemelos; acontecimientos que en 1783 despertaron el
entusiasmo público en España. Publicamos la presente carta,
porque tanto ella como el romance que contiene, anuncian ya
el espíritu independiente y severo que reinó siempre en los escri-
tos de FORNER.

pleros que nos ha destruido por acá la fertilidad del
campo poético. ¿Qué estilo es éste para un tonto? (dirá
usted); y yo digo que donde escribe en verso tanto in-
sensato, no será extraño que escriba uno en prosa. La
diferencia que hay entre ellos y yo, es que yo me co-
nozco, y sé que soy un fatuo; mas ellos se hallan á cie-
gas en el conocimiento de lo que hacen y de sí mis-
mos: á tales términos los ha traído la execrable ham-
bre de sacar dinero á costa de los augustos niños y
de esta paz, que ha suscitado una guerra más cruel al
buen gusto y á la sabiduría. ¡Pobre Barceló! ¿Quién
diría que habian de encarnizarse primero en tí los co-
pleros que los argelinos? Dígame, héroe admirable, que
si no te ha matado el disparo ó metralla de una cruel
cañon y un romanzon enorme, que te han echado
encima el buen padre Cano y el rimbombante Cuadrado,
me atreveré á creer que eres más invulnerable que el
mismo Aquiles. Tú estás fatigándote útilmente en guer-
rear segunda vez á los argelinos, sin haberte acordado
de guerrear en el tiempo intermedio á los frios versifi-
cadores y copistas insulsos. Esta empresa te hubiera
sido tan gloriosa como la de Argel, porque, además de
salvarte á tí, hubieras limpiado á tu amada nación de
esta casta de piratas, no ménos perjudiciales á la lite-
ratura que lo son los argelinos á la libertad del mar.

¿Quién habia de creer, amigo mio, que un tonto cual
yo soy habia de conocer los delirios de estos celebér-
rimos escritores? ¡Ahí verá usted cuáles son ellos! Ro-
manzon hay en que andan revueltos como en menestra
Neptuno, Proteo, Leucotea, Apolo, Berecintia con
la Virgen María, la torre Eburnea, Gedeon, Judit, Jahel
y la Fe católica. ¿Y si fuera esto solo? porque yo he
oído por ahí que un tal *Accio Sincero* hizo otro tan-
to, ni más ni ménos, en un asunto más delicado; bien
que el tal Sincero cometió un desatino, digan lo que
quieran los patronos de las majaderías gentílicas. Pero
en el tal romanzon (dejando á un lado los serios y mag-
níficos disparates que contiene en materia de poesía)
se dice que la empresa de Argel se ejecuta,

Porque la fe católica se ensalce;

causa que podía ser buena para el tiempo de las cruza-
das; pero que no pasará hoy entre los que tienen el bien
de penetrar y observar el espíritu del Evangelio. Hay
hoy, amigo mio, entre los países extranjeros, muchos
picarones que se bañan en agua rosada cuando en un
libro católico leen una de estas proposiciones, para car-
garnos al instante con lo *fanático*, y por lo mismo, aun-
que soy un pobre trompeta, no deja de alcanzarse que
no habiendo Jesucristo ni sus apóstoles predicado guer-
ras, ni introducido la religion con la espada en la mano,
ni exhortado á destruir á nadie, es una bárbara necesidad
atribuir ineptamente á fines de religion lo que nace de
una política finísima y utilísima; dando lugar así á que
los kakósofos modernos, segun su admirable lógica, atri-
buyan á defecto de toda la religion las necesidades de
algunos majaderos que la profesan.

Verdad es que no se podía esperar otra cosa de un
hombre que ha escrito los versos siguientes:

Simbolo es el marfil de fortaleza,
Y su virtud, segun los naturales
(Que aun por eso le tienen los alciones
En sus nidos), la de aplacar los mares:
¿Pues cómo ha de temer el fiel devoto
De María sus furias ni contrastes,
Siendo la *Eburnea torre* poderosa
Como la de David, y respetable?

¡Oh, qué lindo, qué bueno! Los naturales dicen que la virtud del marfil es la de aplacar el mar: ¡bravo! ¿Qué dosis será menester para cada uno de los aplacamientos? ¿Se pesará por dracmas ó por onzas? Pero al caso: el marfil aplaca el mar, María es torre de marfil, Barceló es devoto de esta torre; luego no puede padecer tormentas. Vén acá, hombre de los demonios (perdónemelo Dios): si no puede padecer tormentas, ¿cómo dices tú mismo que se retiró cuerdamente por conocer el complicado trastorno elemental, según tu lenguaje de algarabía? Y en cuanto al pensamiento, dime, *inocentísimo versificador*: ¿qué tiene que ver el marfil material, el colmillo de un bruto, con una torre simbólica, en que la piedad ha querido representar á la Virgen María? El marfil aplaca el mar; luego porque en la letanía se apellida *torre Ebrúnea* la Virgen, ha de aplacarle también, no por la virtud de su intercesión, sino precisamente porque se intitula *torre Ebrúnea*! Dígame á usted, amigo, que diera de buena gana el magnífico sayo con que ando en mojiganga de cardenal, por poder ser tonto hasta con los copleros; mas la providencia ha querido darme juicio para con ellos solos, así como ellos le tienen también sólo para los insensatos.

Como ya, á Dios gracias, estamos en un siglo en que los más tontos dan en presumir de más sabios, yo, si bien el menor de los tontos que andan por aquí (aunque parezca el mayor en las apariencias), me pido también un poco de reflexivo; y por lo tanto, me he puesto infinitas veces á considerar qué causa puede haber para que en España no haya de prevalecer un gusto universal en las artes y ciencias. Es una mengua ver que al lado de una égloga de Melendez, de una sátira de FORNER y de una epopeya de Moratin, hayan de comparecer todavía romancillos entretejidos de latín bárbaro, con equivoquillos, retruécanos, antítesis y demas sandeces de Gerardo Lobo y los de su secta. Y estamos aún tan á oscuras en esto de distinguir lo sólido y bello de lo falso y ridículo, que los mismos que se dan á sí el nombre de sabios, si se les pregunta su parecer sobre el mérito de las obras, como no hayan oído ántes á algun inteligente, ó votan á favor de lo malo, ó las igualan todas para no errar.

Yo oigo hablar del buen gusto frecuentemente, y no he visto todavía uno que sepa en qué consiste este buen gusto tan cacareado. La prueba evidente es que en todas las profesiones son los menos los que le observan. España ha sido siempre abundante en poetas, pero jamás ha sido tan abundante en versificadores como en nuestra edad. Algunos lo son por vanidad; la mayor parte por ignorancia. Miserablemente se han encaprichado algunos ingenios de taracea en creer que son sabios porque saben leer los *Mercurios*, y en reputarse hombres eminentes porque tienen en la memoria cien mil mendencias de algunas artes, que no sirven de otra cosa que de rociar una maravillosa languidez fría é insulsa en cuanto escriben: su principal cuidado es ver, por ejemplo, si *vigornia*, tiene consonante; y cuando dan con *California*, y le aplican, baten las manos y celebran su fecundidad consonantal, como si hubieran hecho algun gran servicio á la patria. Esta gente infeliz debe de creer que la rima es algun gran sacramento en la poesía; y juro á tantos, que si por mí fuera, habia de multar inviolablemente al poeta pedante que emplease rimas difíciles, porque esto es lo mismo que querer obligarse á decir disparates, ó á decir más de lo que se debe, ó de otro modo del que se debe. Despues de esto han dado en traer en boca (y aún

en pluma) una maldita *exactitud*, con la cual me tienen jorobada la paciencia; y sin saber que la *exactitud* poética está á mil leguas de distancia de la *exactitud* prosaica (porque su estudio se encamina todo á la vanidad, y no á la sabiduría), usan de ésta en los versos, y nos van poniendo nuestro idioma poético en estado de no volver á levantar cabeza; porque, como siempre lo peor es lo más fácil de imitar, el vil rebaño de los ingenios alcoroqueños, que no aciertan á pensar ni obrar sino á la cola de otros, remedando la insipidez de aquel estilo, compáranle con el de los autorcillos franceses, y como si la pesadez de la lengua de París tuviese algo que ver con nuestro dialecto poético, hacen unos paralelos desatinados, dignos á la verdad de que ellos mismos se satisfagan y aplaudan con ellos.

La otra casta de versificadores, no sé si de peor calibre, es la de los que conservan el resabio de los falsos conceptos, sofistería y vanidades de la elocución. Dádole han en que hemos de ser ridículos por fuerza, y en que hemos de hablar de modo que no nos entendamos. La nación va sacudiendo perezosamente el yugo de la pasada barbarie, y la causa está en que, ó los que se criaron en ella, ó la han aprendido de éstos, ceñidos á la esfera de su instrucción, creen que no hay más que saber que lo que ellos saben, ni otro método que aquel con que ellos cursaron. De aquí nace el estropeo con que se tratan las ciencias, el poco adelantamiento de las artes.... y qué sé yo qué otras mil cosas, que á otro le harian volverse loco, y á mí me hacen volverme cuerdo, y reflexionar consecuentemente, ni más ni menos que á Juvenal le inspiraba buenos versos la indignación.

Usted, amigo mio (vuelvo á decirlo), extrañará en mí este modo de discreetar; pero le repito que, habiéndose apoderado de los disparates y las sandeces los que hacen profesión de cuerdos, es muy puesto en razón que se oigan en los tontos las discrecciones. Mas le digo: que voy á desafiar á versos á toda la turba coplista, y á manifestar palpablemente que un sandío basta para aterrarlos y hacerles conocer su ineptitud. Allá va, sea lo que fuere, y Apolo ponga tiento en mi pluma.

Augustísima Luisa,
 Vos, á quien gozoso el Ebro,
 Si una diadema os ofrece,
 Os pide justo el imperio;
 Yo, el menor de los poetas
 Que hacen profesión de necios,
 Por no dejar de ser tonto,
 Os dirijo en fin mis versos.
 Filósofo impertinente,
 Que debe á su encogimiento,
 Si grandes muestras de juicio,
 Pocos adarmes de ingenio.
 Dejando á los aturdidos
 Aquel entusiasmo intenso
 Que nunca en los versos hallo,
 Y hallo en los ofrecimientos;
 Llanamente en pocas líneas
 Os diré muchos deseos,
 Sin meterme en profecías
 Con que me dé chasco el tiempo.
 Al enano Manzanares
 Pudiera yo sin tropiezo
 ¿Quién lo duda? aparecerle (1)
 Muy anciano y muy contento.
 Sentado en mojada urra,
 Tridente ebrúneo oprimiendo,
 Con que domina en las ondas
 De sus caudales soberbios,

(1) *Aparecerle*. Aquí este verbo neutro está usado como activo: Quiere decir: *hacerle aparecer*. FORNER usa á veces de esta inadmisable licencia poética.

Hablara á las bellas ninfas
 Que en su raudal siempre terso
 Dejan, jabonando trapos,
 Los humores madrileños.
 Aquí, sí, que levantando
 Mi grandilocuencia el vuelo,
 En tono de adivinanzas
 Hiciera hablar al buen viejo;
 Rascando la húmeda barba,
 Como emboscado el aliento,
 A las ya atónitas ninfas
 Dijera, mirando al cielo:
 «Sabed, hermanas, que ya
 Verterán leche los cerros,
 Panales los alcorqueños,
 Y claveles los camuesos;
 »De hierbas, sin duda alguna,
 Se ha de cubrir todo el suelo
 Cuando la tierra las brote
 Hacia fines de Febrero.
 »Las rosas de sus botones
 Desplegarán con despejo
 Las hojas cuando su turno
 Les llegue, como al pimientito.
 »Y para mayor prodigio,
 Se ha de ver en estos tiempos
 Que las ovejas dan lana,
 Y no cebada el centeno.
 »El cumplimiento admirable
 De estos extraños sucesos
 Se deberá á dos mellizos
 Que parirá un vientre régio.
 »Porque está ya decretado
 Que solamente por esto
 Trueque la naturaleza
 El orden del universo.
 »Y si no quereis creerme,
 Presto escucharéis á cientos
 Poetas que os lo aseguren
 En anuncios harto serios.»
 Al divino vaticinio
 Del nimen, festivos ecos
 De las ninfas respondieran
 Por no anegarle en silencio.
 Que aunque la hundosa corriente
 No tiene de agua tres dedos,
 Hundírase el dios en ella,
 Porque así lo pide el cuento.
 Lejos de mí estas quimeras,
 Y este anunciar, prometiendo
 Dones que tal vez el hado
 Nos niega al mismo momento.
 Y ceñido á la esperanza
 De bienes que al ministerio
 De los dioses de la tierra
 Fió el que domina en ellos,
 Vida feliz, virtud grande,
 Magníficos sentimientos,
 Tales, que nunca sonrojen
 Las excelencias del cetro,
 Rogaré yo ansiosamente
 A los dos infantes bellos,
 Y escuche el cielo mis votos,
 Si ama vuestro nombre el cielo,
 Que un noble parto, gran Luisa,
 Dió Nerones, dió Tiberios,
 Injuria eterna del mundo
 E infamia de augustos lechos,
 La abominable memoria
 De tan infaustos ejemplos
 Mortifica en los prudentes
 El gusto de un nacimiento;
 Por que amorosa la madre,
 Tal vez en el niño tierno
 Halaga un ánimo impío,
 Congoja del universo.
 La posteridad, ya libre,
 Rasga á la lisonja el velo
 Y reparte inexorable
 Aplausos y vituperios.
 Su voto á lograr aspiren
 Vuestros hijos, y el recuerdo

De su nombre en todos siglos
 Amor excite y deseo.
 La edad que de ellos carezca,
 Que al fin mortales nacieron,
 Y la heroicidad, si ilustra,
 No evita el fatal momento,
 Con veneracion amable
 Los bendiga, y por modelos
 Los recomiende aunque logre
 Justificado el imperio.
 Deba á su virtud el mundo
 Más gracias que debe miedos
 A la sanguinaria gloria
 De un conquistador sediento.
 Con gusto, á su voz la frente
 Doblen los honrados pueblos,
 Llevando á bien el dominio,
 Sin murmuracion ni ceño,
 Y ellos dispensando sabios
 El ejercicio molesto
 Que entre la púrpura esconde
 Cuidados siempre violentos,
 Pues una nación es sólo
 Lo que es del príncipe el celo:
 Lánguida si le halla débil,
 Robusta si muestra esfuerzo.
 Su amor por el mundo extiendan,
 No su dominio; ¿á qué efecto
 Sacrificar los vasallos
 Para acrecentarse el peso?
 Régir bien el reino propio,
 Sin usurpar el ajeno,
 Si no es política usada,
 Es la inculpable á lo ménos.
 Una y mil veces mal haya
 Aquel instante funesto
 Que unió á la crueldad la gloria,
 Y héroes llamó á impíos pechos.
 La pompa de los combates,
 En cuyo horror turbulento
 Ven grandezas los mortales
 Que en la virtud nunca vieron,
 Incitativo, animoso,
 De la ambicion lisonjero,
 Hizo el furor á los hombres,
 Y autorizó lo perverso.
 Eviten, si no la guerra,
 Aquellos vanos pretextos
 Que la política falsa
 Busca en su engrandecimiento;
 Y la prudencia imitando
 Del grande, del justo abuelo,
 Duros sean solamente
 Cuando haya justicia en serlo.
 Estas artes en sus obras
 Justificando el gobierno,
 Ni culpados ni envidiosos,
 Harán sus nombres perpetuos.
 Vivan así, y así escuchen
 Desde sus años más tiernos,
 En vez de impuras lisonjas,
 Venerables documentos.
 Que entonces yo, gran señora,
 Con vaticinios más ciertos
 Que os disparó el fiero nimen
 De tanto profeta hambriento,
 Aunque en versos medio malos,
 Bien á anunciaros me atrevo
 Que será España dichosa,
 Y su vigor duradero.
 Y bendiciendo á porfia
 Vuestras entrañas, inquieto
 El gozo de los vasallos
 Que os destinó el santo cielo,
 Viva (exclamarán llorando
 Con la ternura) aquel seno
 Que único, de una vez pudo
 Darnos dos príncipes buenos.

Yo creo que este último es el mayor elogio á que puede aspirar la singular fecundidad de la gran Luisa.